

Artículo revisión

Breve historia de la medicina herbaria y la flora útil.

Brief history of herbal medicine and the useful flora.

Gil Otaiza Ricardo^{1*}.

¹*Departamento de Farmacognosia y Medicamentos Orgánicos, Cátedra de Farmacognosia, Facultad de Farmacia y Bioanálisis Universidad de Los Andes, 5101, Mérida-Venezuela.*

Recibido: marzo de 2023 –Aceptado: mayo de 2023

RESUMEN

Se presenta el largo camino de la medicina herbaria y la flora útil en las distintas civilizaciones, desde la prehistoria hasta nuestros días, y se muestra la importancia del uso de las plantas medicinales de las que se aíslan principios activos, que sirven de modelos en la era industrial para ser sintetizados como medicamentos patentados. Desde el texto monográfico se indaga acerca de las diversas prácticas y especies vegetales usadas por el ser humano. Se citan obras y autores clásicos que han contribuido a la difusión de esta rama de la ciencia, que es de suma importancia para combatir las enfermedades y que tiene además raigambre popular.

PALABRAS CLAVES

Medicina herbaria, plantas medicinales, flora útil, civilizaciones, medicamento natural, etnobotánica, terapéutica.

ABSTRACT

The long path of herbal medicine and the useful flora in the different civilizations from prehistory to the present day are presented, and the importance of the use of medicinal plants from which active principles are isolated, which serve as models in the era industrial to be synthesized as patent medicines. From the monographic text, we inquire about the various practices and plant species used by

humans. Classical works and authors are cited who have contributed to the dissemination of this branch of science, which is extremely important in combating diseases and which also has popular roots.

KEY WORDS

Herbal medicine, medicinal plants, useful flora, civilizations, natural medicine, ethnobotany, therapy.

INTRODUCCIÓN

La historia de la Farmacia y la Medicina es en sí la historia de la humanidad, y adentrarnos en ella es hallar en las plantas medicinales las herramientas terapéuticas que usaron nuestros ancestros en la prevención de la enfermedad y en la conquista de la salud perdida.

A pesar de no saberse a ciencia cierta cómo luchaban los primitivos seres humanos contra las enfermedades, y como los vestigios se han perdido en las neblinas de los tiempos, se ha de suponer, tal y como lo expresa Celsi en su capítulo “Introducción a la historia” en la obra Farmacotecnia teórica y práctica (Helman, 1982: 35), que: “La terapéutica antigua consistía en una combinación de prácticas, algunas religiosas y otras de índole mágica (...) y en el empleo empírico de drogas regionales de los tres reinos naturales” [1]; en virtud de la ausencia en dichas culturas del concepto de muerte por causas orgánicas. Sin embargo, se puede afirmar que la medicina

herbaria (o medicina verde como suele denominársele en algunos países de Latinoamérica) nace con el hombre y por el hombre, debido a que las diversas patologías, muchas de las cuales hoy también nos aquejan, son sus compañeras desde entonces. Es más, a través de la paleopatología (ciencia que estudia los procesos morbosos en los tiempos prehistóricos) se ha podido no sólo corroborar el aserto anterior sino confirmar "...sin duda alguna que, mucho antes de que apareciera el hombre en la tierra, ya existía la enfermedad" (Folch, et al., 1986: XXV) [2].

Aunque ya no podemos acercarnos al pensamiento de nuestros ancestros, el estudio de las culturas primitivas contemporáneas nos permite inferir que el hombre primitivo actuó por instinto frente a sus necesidades. Sació su hambre cazando animales o comiendo de los alimentos que la naturaleza le deparaba: "Los primeros alimentos, el cumplimiento del más elemental instinto de conservación, fueron hierbas, frutos silvestres y raíces" (Grimberg, 1984: 26) [3]. De igual forma se protegió del clima y de los animales salvajes escondiéndose en árboles y cuevas, y frente a las enfermedades ensayó la utilización de plantas:

El descubrimiento de las propiedades curativas de las plantas fue, al principio, meramente instintivo. El hombre primitivo halló en las plantas el alimento y la medicina. Se percató (...) de las propiedades de las plantas, y estableció la diferencia en los resultados, apoyándose también en la observación de los animales que las ingerían (Chiej 1992: 18) [4].

El proceso, desde luego, no fue rápido; tuvo que pasar mucho tiempo para que el hombre aprendiera a interactuar con la naturaleza y a tomar de ella los recursos para la supervivencia. "Y gracias a esa adaptación a las fuerzas naturales –comenta Grimberg, 1984–, el hombre llega a un mayor y mejor conocimiento de las mismas y a la adopción, lenta pero constante, de formas de vida más progresivas" (p. 35) [3].

Los estudios arqueológicos nos han proporcionado pruebas irrefutables acerca de la utilización de plantas medicinales por el hombre prehistórico. En La formación de la humanidad, Leakey (1993) afirma:

A finales de noviembre del año 1975 se dio a conocer la existencia de una gruta descubierta, durante unos trabajos arqueológicos, en una zona lejana del sur de Asia, y que fue habitada, hace unos sesenta mil años (...), por el hombre de Neanderthal. En las paredes de la misma, grabados en roca, se podían apreciar claramente plantas, hojas y frutos, muchos de ellos utilizados en nuestros días como medicinales (p. 172) [5].

Sonnedecker en el capítulo "Evolución de la Farmacia" del libro Remington Farmacia (Gennaro, 1987) nos dice:

Podemos imaginarnos entonces, por las pocas pruebas que todavía quedan, los terribles y sobrenaturales que debían ser los males del cuerpo para los seres primitivos de los comienzos de la historia (...), sólo podían combatirse por medios igualmente sobrenaturales, además de los naturales (p. 25) [6].

Adentrarnos entonces en el largo recorrido desde la prehistoria hasta nuestros días en el conocimiento de la denominada medicina herbaria, y en general de la floral útil, es, qué duda cabe, ahondar en lo atávico y en lo cultural; es comprender la dinámica del ser humano con su medio entorno en la conquista del preciado bien de la salud. En las siguientes páginas de este trabajo monográfico se intentará, pues, tal objetivo.

DESARROLLO

Un lecho de flores

No debemos olvidar, entonces, que el hombre primitivo conjuga de manera armónica sus problemas de salud con rituales mágico-religiosos, muchos de los cuales pasaron de generación en generación hasta llegar a nosotros. Fue así como el descubrimiento de la cueva de Shanidar (Irak) enlaza al hombre de Neanderthal con el hombre actual, en virtud de haber sido encontradas en su interior grandes cantidades de polen procedentes de flores completas colocadas alrededor del cuerpo del hombre de Shanidar IV. Un análisis posterior

de dichos granos arrojó que pertenecen a especies tales como: la milenrama, el aciano y la malva real. También se encontraron restos de cola de caballo. Según Arlette Leroi-Gourhan, del Museo del Hombre de París, citada por Leakey (1993: 172), dichas ramas de cola de caballo habrían formado “una especie de lecho sobre el cual dejar al muerto”. Además, Ralph Solecki, de la Universidad de Columbia y excavador de la cueva, citado también por Leakey (1993), señala:

Se sabe que la mayoría de ellas (las flores) tienen propiedades herbarias, y hoy las usa la gente de la región. Se podría pensar –concluye Solecki– que tal vez Shanidar IV no sólo fue un hombre importante, un jefe, sino también una especie de curandero o brujo de este grupo (p. 172) [5].

Los papiros de Ebers y Smith

Ya, en la antigüedad, encontramos que las más importantes civilizaciones hicieron uso de especies vegetales medicinales, conocimiento que pudo llegar hasta nosotros gracias a la magia de la escritura. Fueron los papiros los mayores legados del hombre antiguo, siendo dos de ellos, el de Ebers y el de Smith, los dedicados a los problemas de la salud y de la cirugía. Allí la civilización egipcia (3400–1090 a.C.) dejó plasmado cómo resolvían sus problemas de salud; se habla de plantas de uso común y de la forma de utilización. Como ejemplos de dichas especies están el beleño, la adormidera, la mandrágora, la datura, el incienso, la cebolla, el ajo, el enebro, el opio, la mirra, la resina, la acacia, la higuera, el ricino, el dátil, el granado, etcétera. Más de 800 recetas para curar distintas enfermedades están inscritas en el papiro de Ebers. Es importante recordar que, a pesar de su gran desarrollo, la medicina egipcia conjugaba la aplicación de alguna forma farmacéutica (pomada, poción, colirio, etc.) con el poder de las palabras mágicas, recitando algún encantamiento.

En cuanto a la civilización mesopotámica, cabe señalarse que a mediados del siglo XIX fue descubierta cerca de la ciudad de Nínive una biblioteca con alrededor de 30.000 tablillas, de las cuales 800 fueron descifradas en 1914 por Morris Jastrow. No obstante, Thompson –citado por

Valverde (Folch, et. al., 1986)– ha sido quien ha estudiado con mayor detenimiento las tablillas médicas; habiendo publicado en 1924 una obra acerca de los herbarios asirios:

Thompson realizó un trabajo ejemplar elaborando índices de frecuencia para el estudio de las plantas más utilizadas, estudió su empleo en diversas enfermedades y analizó la flora mesopotámica a la luz de los documentos y de su realidad actual. Las partes de las plantas más utilizadas como drogas fueron la raíz, el tallo y la corteza (p. 18) [2].

Comentan los mismos autores que dentro de las plantas señaladas por Thompson están la adormidera, la mandrágora, el heléboro, la belladona. Además, “importaban del Valle del Indo” la canela, el jengibre, la asafétida y utilizaban (no sólo con fines medicinales) el hinojo, el azafrán, la cebada, el trigo, el ajo, los pepinos, la lechuga, el laurel, el enebro, etc.

Volák y Stodola (1990) dicen:

Un rey de Babilonia, Mardukapalidine II (772-710 a.C.) hizo construir un jardín en el que se cultivaron 64 especies de plantas medicinales, entre las cuales había manzanos, granados, pepinos, calabazas, ajos, cebollas, hinojos, azafrán, tomillo, mostaza, alcaravea, eneldo, boj, caña, férula y mirra. Entre las drogas especialmente eficaces se contaba con el heléboro, el beleño, la mandrágora, el cáñamo y la adormidera (u opio) (p. 7) [7].

La filosofía de las civilizaciones del Valle del Indo (India) era la de “prolongar la vida humana”. Comentan Volák y Stodola ya citados:

...una de las partes más importantes de la ciencia médica consistía en el conocimiento de los productos medicinales (upaj). Los remedios eran fundamentalmente de origen vegetal y el cultivo de las plantas medicinales estaba reglamentado y organizado por medio de las ordenanzas del rey budista Asoka (siglo III a.C.) (p.8) [7].

Se puede afirmar que la utilización de plantas medicinales en la India es tan antigua como en la China:

Por la época del éxodo hebreo de Egipto, más o menos en 1200 a.C., un joven indio pobre llamado Jivaka deseaba estudiar medicina (...) abordó al gran Punarvasu Atreya, fundador de la primera escuela india de medicina (...). Al cabo de siete años, preguntó al profesor cuándo acabaría sus estudios. En lugar de responder, Atreya lo desafió a recorrer la campiña y recoger todas las plantas que le parecieran inútiles para fines médicos. Jivaka no regresó durante muchos días. Finalmente cuando apareció venía enojado y con las manos vacías. Comunicó a su mentor que no había encontrado una sola planta que careciera de poder curativo. El profesor Atreya contestó: “¡Puedes irte! Ahora cuentas con los conocimientos para ser médico” (Castleman, 1994:15) [8].

La obra Salud natural (1992) comenta en relación a la medicina de la India lo siguiente:

El único libro que perduró e hizo posible indagar en su cultura (India) fue el Atharvaveda. En él se encuentran las primeras referencias escritas sobre las prácticas médicas imperantes, con gran profusión de plantas medicinales. Por desgracia, la mayoría de las hierbas descritas son para nosotros irreconocibles (p. 13) (...)

Más adelante la obra citada revela:

Con respecto a la invasión de la India por los arios, éstos hacen suya la muy avanzada medicina india. Debemos tener en cuenta que en aquella época ya se hacían prótesis, pues había “hombres expertos que fabricaban ojos y piernas artificiales”. También dominaban el uso de cánulas para las retenciones de orina, etc.

La ciudad de Taxila, antes de la conquista de Alejandro, era el centro intelectual de la India, llegando la enseñanza del “arte de la vida” (medicina)

a un nivel que sólo los griegos pudieron alcanzar (p. 14) [9].

El término “arte de la vida” o “ciencia de la vida” procede de dos palabras indias: ayur (vida) y veda (conocimiento): así pues, la medicina ayurvédica es descrita como “el conocimiento de cómo vivir”, y hace hincapié en que la buena salud es responsabilidad del individuo. En la medicina ayurvédica la enfermedad se considera en términos de desequilibrio, que se combate mediante las hierbas y el control de la dieta (Ody, 1993: 12) [10]. Este tipo o forma de medicina ve a la persona de manera holística, es decir, como a un todo: espíritu, cuerpo y mente (o microcosmos), con el macrocosmos o universo. Afortunadamente, la invasión británica no pudo destruir los conocimientos milenarios, los cuales han llegado hasta el mundo occidental para su desconcierto y asombro.

Varias de las plantas de uso común hoy en Europa y Asia proceden de la India, como el benjuí, el aloe, el ricino, la nuez moscada, el cáñamo (hachís), el sésamo, la pimienta, el jengibre, el clavo de especia, etc. Los orígenes de la medicina china se remontan a 2500 años a.C. Su práctica hace énfasis en la ausencia de armonía interior, lo cual exige el restablecimiento de la misma para que así el organismo se reponga por completo. Fue por ello que el médico chino Pien T S’io (450 a.C.) explica las enfermedades como alteraciones del Yin-Yang, que no es otra cosa que los estados de reposo y movimiento que se suceden de manera rítmica y deliberada:

En una obra que se considera la más antigua de la medicina –escrita treinta siglos antes de Jesucristo, en China–, Kuang Ti cita al granado, al opio y al ruibarbo; el Peng T Sao de Li Che Ten (2500 a.C.) se refiere acerca de 1.100 plantas y describe más de 8.000 recetas médicas. También es muy conocida la obra del emperador Sheng–Nung, de China, quien descubrió el gin-seng y muchas otras plantas importantes... (Zuluaga, 1996: 19) [11].

Según Ody (1993), la mitología china dice que fue Sheng-Nung quien “inventó” la agricultura e

identificó numerosas plantas medicinales. Más adelante la misma autora agrega:

Históricamente, existieron multitud de filosofías y técnicas médicas diferentes en China, con una mezcla de médicos ambulantes, curanderos de pueblo y chamanes nativos. También estaban los doctores filósofos taoístas, autores de los textos médicos clásicos, a quienes recurría la aristocracia en caso de enfermedad (p. 15) [10].

Es importante agregar –tal como lo hacen Volák y Stodola– que la medicina china influyó en la medicina occidental, ya que muchas especies utilizadas ampliamente, tanto en la antigüedad como hoy en día, son chinas. Se pueden mencionar el ruibarbo, el alcanfor, la efedrina, el anís estrellado, el ginseng, el té, entre muchas otras [7].

En la Odisea, citada por Pío Font-Quer (1988), se lee:

Helena, engendrada por Zeus, echó súbitamente una droga en el vino, tan contraria a los duelos y a la ira, que hacía olvidar toda pena (...). La hija de Zeus tenía tan excelentes remedios, que le había proporcionado Polidamna, la esposa de Ton, la de Egipto, donde las tierras de pan llevan crían tantas y tan buenas hierbas mezcladas con otras que son aciagas; allí todos son médicos, y en ningún país del orbe los encontraríamos más sabidos, porque son del linaje de Peon (p. XI) [12].

La medicina griega

Pues bien, la medicina griega descolló en la antigüedad, no sólo por la presencia de importantes figuras, sino también por el legado de drogas vegetales que fueron utilizadas con éxito en el tratamiento de diversas patologías:

Los médicos antiguos preparaban personalmente sus medicamentos, sirviéndose para ello de las sustancias que les suministraban los herbonistas (rizotomas) y los mercaderes (farinacopolas) (...) los más numerosos, se dedicaban (...) a las plantas medicinales, dejando a la posteridad: croquis,

descripciones de plantas e indicaciones sobre sus efectos (Volák y Stodola, op. cit., 10) [7].

Hipócrates (468–377 a.C.), reputado desde hace siglos como “Padre de la Medicina”, clasificó a los elementos y a las hierbas según cualidades, a saber: frías, calientes, secas o húmedas. Además, fue el propulsor de la idea de llevar una vida sana y equilibrada para la conservación de la salud. También a él se debe la clasificación de alrededor de 200 plantas de acuerdo a sus poderes diuréticos, cicatrizantes, purgantes, etc. Es bueno hacer referencia –y en consonancia con el pensamiento de Pío Font-Quer– que la medicina hipocrática estuvo a un nivel muy superior con respecto a la medicina egipcia. Más adelante agrega el citado autor, refiriéndose a Pedanius Dioscórides (siglo I de nuestra era):

...en Asia Menor nació un griego apellidado Dioscórides, el anazarbeo, que llegó a ser una gran lumbrera médica (...) y fue médico de los ejércitos de Nerón (...) escribió su tratado titulado (Peri hyles iatrikes logoi hex) o Materia Médica, en seis libros, que comprende remedios de los tres reinos de la Naturaleza (...) y, principalmente, vegetales, de los cuales nos dio alrededor de 600 especies (p. XII) [12].

Pedanius Dioscórides escribió el clásico De Materia Médica alrededor del año 60 d.C., que se convertiría en referencia obligada durante 1500 años. Se dice que fue también médico de Antonio y Cleopatra (Ody, op. cit., 10) [10].

Resalta en el mundo griego Teofrasto (Ereso, año 372 a.C.):

La acumulación de hechos botánicos que logra Teofrasto está a la altura de las aportaciones zoológicas de Aristóteles. La obra de Teofrasto fue base para posteriores estudios botánicos y en la clasificación de las plantas. Teofrasto no sólo fue el primer autor de botánica sino también el más grande hasta el Renacimiento alemán. (...) se ocupa de 500-550 especies y variedades de plantas, la mayoría de ellas cultivadas (Valverde en Folch, et. al., op. cit., 110) [2].

Teofrasto, que repudiaba el uso de amuletos y la creencia en encantamientos, escribió una obra monumental dividida en nueve tomos: Historia de las plantas. El tomo IX, que trata sobre plantas, preparación y usos, recibió en Grecia la calificación de herbario. Según Valverde (en Folch, et. al., op. cit.), La historia de las plantas es “...un digno antecedente de la obra de Dioscórides” [2].

A manera de ejemplos se citan algunas de las plantas medicinales recomendadas por Teofrasto: la mandrágora, el heléboro, el pepino silvestre, la belladona, el estramonio, el romero, la amapola, el regaliz, el árnica, el helecho macho, la pimienta negra, etc.

La medicina romana se dejó influir por las teorías griegas, las cuales llegaron a Roma cien años antes de la era cristiana. Sobresalió Claudius Galenus (201-130 a.C.), nacido en la ciudad de Pergamon (Asia Menor) y médico de la Corte del emperador Marco Aurelio. “Reelaboró muchas de las antiguas ideas hipocráticas y dio forma a la teoría de los humores. Sus obras se convirtieron en libros de texto sobre medicina...” (Ody, op. cit., 11) [10].

Las plantas medicinales en la Edad Media

La medicina griega tuvo un radio de acción bastante amplio, por lo cual su filosofía y su arte se extendieron durante varios siglos mucho más allá de sus fronteras. Es por ello que en la Europa de mediados del siglo X, muchos de los principios hipocráticos eran puestos en práctica. Por ejemplo, la famosa escuela de Salerno, de notoria influencia en la Europa medieval, basaba su praxis médica en una dieta adecuada, ejercicio y aire fresco (todos ellos principios hipocráticos). No obstante, los documentos de la época dicen que la medicina con base en las plantas estaba en manos de la Iglesia católica. Sin embargo, a partir de la segunda mitad de la Edad Media, los conocimientos de las viejas escuelas fueron retomados y se apartó la praxis médica de la Iglesia. Dice Sonnedecker (en Gennaro, op. cit.)

Esta tendencia (la separación de la práctica médica de los monasterios) se observaba primeramente en Italia, España y Francia, que fueron puntos de tránsito para las drogas y para los conocimientos

farmaco médicos que seguían las rutas comerciales del Mediterráneo desde la civilización islámica más adelantada (p. 27) [6].

Celsi afirma:

“Los médicos árabes (...) incorporaron nuevos fármacos (...), debe mencionarse el sen, maná, alcanfor, sándalo, ruibarbo, casia-fístula, tamarindo, clavos de olor, cubeba, nuez moscada (...) la goma arábica, etc.” (en Helman, op. cit., 40) [1].

Paracelso

Con el Renacimiento, una generación de cambios y conocimientos abarcó varios siglos. Gutenberg inventó la imprenta y Cristóbal Colón descubrió América. Durante este período descollaron importantes figuras de las artes y de la ciencia, tal es el caso del controversial Paracelso (1493-1541), quien fue:

...el gran crítico del arte médico greco-romano-arábigo que imperaba hasta entonces (...) estuvo destinado a señalar un derrotero completamente nuevo, no sólo en la medicina, sino a la química y a la farmacia (...). Las teorías de Paracelso originaron una lucha apasionada entre dos escuelas: la medicina galénica de los antiguos, con amplio uso de drogas naturales, especialmente de las vegetales; y la medicina química... (Celsi en Helman, op. cit, p 42) [1].

Paracelso se negaba a reconocer los “magisterios” complejos y descabellados de su época, dando prioridad a la medicina por medio de las plantas e interesándose por los efectos curativos de las aguas minerales y de las plantas locales. Entra, pues, en la historia médica como un gran reformador de la medicina, el fundador –en cierto modo– de la quimioterapia, y como un destacado conocedor de las plantas medicinales (Volák y Stodola, op. cit., 15) [7]

Las prácticas médica y farmacéutica se hacen más científicas, es por ello que notables profesionales “contribuyeron –nos habla Celsi– en buena parte al adelanto de las ciencias y en particular al de la botánica y la química”. Sin

embargo, la antigua práctica de la botánica en la medicina fue desplazada por la química:

El desarrollo especializado de ciencias básicas a finales del siglo xviii y comienzos del xix (época moderna) sería necesario, no obstante, para generar la revolución terapéutica que ha reemplazado a casi toda la materia médica acumulada en los siglos anteriores (Sonnedecker en Gennaro, op. cit., p 29) [6].

Con el descubrimiento de América fueron incorporadas a la terapéutica europea diversas drogas originarias de las Indias, muchas de las cuales “revolucionaron” la práctica médica:

...se descubrieron nuevos fármacos simples, sumamente valiosos por sus propiedades curativas, y distintos de los ya conocidos, como son: coca, quina, tabaco, ipecacuana, jalapa, zarzaparrilla, bálsamo de Perú, bálsamo de Tolú, curare, entre otros, además (...) el maíz, ají, mandioca, patata o papa, cacao, ananás o piña. Banana o plátano, vainilla, maní o cacahuate, zapallo o calabaza, porotos o frijoles, etc. (Celsi en Helman, op. cit., p43) [1].

De más está agregar que las civilizaciones precolombinas hicieron uso de las especies medicinales, lo cual ha quedado como testimonio para la humanidad en las diversas crónicas de los viajeros de Indias.

Los avances de la química

Durante el siglo XVIII, con el avance de la química, investigadores de diversos países lograron hallar los componentes activos de muchas especies medicinales para utilizarlos de manera aislada, una práctica común en nuestros tiempos. Haciendo un breve recuento podríamos nombrar al francés J.B. Caventon (1795-1877) y su colega J. Pelletier, quienes descubrieron la quinina, la cinconina, estriocina y brucina. Friedrich Wilhem Adam Sertitner (farmacéutico alemán: 1783-1841) descubrió la morfina (extraída de la cápsula del opio); Heidelberg, P.L. Geiger (1785-1836) junto con Hesse (químico) descubrieron la atropina, la daturina, la hiosciamina, la colquicina, la cicutina

y la aconitina, mientras la codeína fue descubierta por Robiquet y la cafeína por Runge.

En la actualidad, cientos de especialidades farmacéuticas tienen como principios activos drogas procedentes de especies vegetales, gracias a transformaciones químicas –de semisíntesis– o como resultado de complicados procesos de síntesis orgánica, muchas veces imitando una molécula de origen vegetal. La alta tecnología prevalece en la industria químico-farmacéutica, cuyo trabajo es producto de la integración de diversas disciplinas científicas. Es así como la vieja tradición de la confección de fórmulas en las farmacias con base en principios naturales fue prácticamente desplazada por las medicinas patentadas provenientes de la industria.

La Etnobotánica

A pesar de que la medicina herbaria quedó rezagada pues en casi todo el mundo prevalecen las formas sofisticadas de práctica médica, ese conocimiento milenario pasado de generación en generación aún se conserva en las denominadas comunidades primitivas contemporáneas y en aquellas zonas de muy difícil acceso. Como dice Piedrahita en su presentación al libro Medicina natural y salud de Balch y Balch (1994): “Estos pueblos que conservan un modo tradicional de vida estrechamente ligado con su entorno, son los depositarios de muchos conocimientos sobre plantas útiles” (p. vii) [13].

Así, el hombre contemporáneo que sufre los embates de un mundo en caos y debe hacer frente a innumerables problemas, sobre todo los que atañen a su salud, vuelve su mirada hacia el pasado, hacia un conocimiento milenario que permitió la supervivencia de la civilización. Dice Estrada Lugo (1992):

...las enfermedades que causan la mayor cantidad de muertes en nuestros pueblos (...) tienen curación con la medicina alopatía o moderna, ésta escasamente cubre a la mitad de la población (...); esta situación se complica con los constantes incrementos en los costos, pero principalmente en los precios de los medicamentos de patente, razones por las cuales los gobiernos no están ni estarán en

condiciones de cubrir las demandas de salud (...); lo cual conducirá irremediablemente a continuar haciendo uso de una medicina tradicional basada fundamentalmente en las plantas medicinales (p. IX) [14]

Este renovado interés por las plantas medicinales, y de modo general por el entorno, ha hecho posible el surgimiento de la etnobotánica, definida magistralmente por Hernández Xolocotzi, en el libro *Plantas medicinales de México* (Estrada Lugo, *op. cit.*) como: “...el campo científico que estudia las interrelaciones que se establecen entre el hombre y las plantas, a través del tiempo y en diferentes ambientes” (p.3) [14]. Sin embargo, esta disciplina científica no nace en nuestro siglo, sino que sus orígenes se remontan muy atrás. Tal y como lo afirma Enrique Leff en la obra anteriormente citada: ...el etnobotánico Jacques Barrau sitúa sus antecedentes en épocas anteriores a la taxonomía botánica de Linneo (...). Pero el término mismo de etnobotánica, como disciplina científica, fue inventado por el botánico americano Herschberger en 1895... (p. 29) [14].

Se hace más y más evidente que la población desea alternativas económicas y de menor riesgo para sus problemas de salud. En el mundo entero el interés por la medicina herbaria es creciente; tan es así que países como EEUU, en el cual la medicina científica había desplazado a la tradicional o herbaria: ...el 25% de las medicinas de patente – comenta Castleman (*op. cit.*)– aún contiene ingredientes activos derivados de hierbas, y el médico promedio extiende a diario ocho recetas basadas en ellas. No sólo eso, sino que incluso los opositores más enconados de las plantas medicinales las utilizan todos los días, por lo común sin darse cuenta (p. 2) [8].

Capasso, Balestrieri y Mascolo (en Estrada Lugo, *op. cit.*), expresan:

En la actualidad, no obstante el florecimiento de las industrias farmacéuticas y la producción de medicamentos de síntesis o semisíntesis a escala industrial, el interés por las plantas medicinales, jamás extinguido, parece despertar y se ven publicitados con mayor

insistencia preparaciones galénicas hechas con hierbas medicinales (p. 506) [14].

Finalmente –comenta Castleman (*op. cit.*)–: “La Organización Mundial de la Salud (OMS) calcula que las hierbas curativas son la medicina principal de dos tercios de la población mundial, es decir, de unos cuatro mil millones de personas” (p. 1) [8]. En América Latina el estudio de las plantas medicinales y de su contexto natural es de gran importancia. En México cabe señalar al botánico, boticario, entomólogo y agroeconomista Antonio de la Cal, quien en 1832 publica su obra fundamental: *Materia médica*. A tal respecto nos dice Huerta (1996):

La preocupación que llevó a Antonio de la Cal a la publicación de la Materia médica, fue la necesidad de proporcionar, a las personas “precisadas a vivir fuera de las ciudades y de las grandes poblaciones sin recurso de facultativos”, un método claro y sencillo para aplicar con más seguridad aquellas plantas que ellos mismos conocían, y que empleaban en sus enfermedades, asignando las dosis que debían usarse en el tiempo oportuno (p. 57) [15].

En México también debe señalarse al desaparecido maestro Efraím Hernández Xolocotzi, quien –según Estrada (*op. cit.*)–: “...durante los últimos 21 años dictó la cátedra de Etnobotánica en (el) ahora Colegio de Postgraduados, Chapingo, tiempo durante el cual hizo escuela en esta área científica” (p. 63) [14]. Más adelante dice el mismo autor: “...el maestro inducía en nosotros (...) el afán por el planteamiento de nuevos conocimientos teóricos, de nuevas rutas (...); así, han ido madurando poco a poco nuevas áreas de la Etnobotánica: principalmente plantas medicinales...” (p. 66) [14].

En el mismo contexto geográfico encontramos a Maximino Martínez, quien recopiló una serie de artículos sobre plantas medicinales para entregarnos la obra *Plantas medicinales de México* (1994) [16]. No deja de ser relevante (también de México) la obra de González de Cosío *Especies vegetales de importancia económica en México* (1984) [17]. Destaca, en el área del estudio de las

plantas medicinales de México, el maestro varias veces citado Erick Estrada Lugo.

En Colombia García Barriga con su obra: Flora medicinal de Colombia (1992) [18] hace un aporte. Irrumpió en el área el también colombiano Zuluaga, con la obra: El nuevo libro de las plantas medicinales (*op. cit.*, 1996). Este científico realizó una importante investigación etnobotánica sobre las plantas medicinales desde la época de la Conquista hasta nuestros días. Además, sus aportes en esta rama del conocimiento se han centrado en diversos municipios de su país. De Puerto Rico destaca Núñez Meléndez (1992), quien llevó adelante, por varias décadas, una excelente labor en los campos de la etnobotánica y la farmacognosia y que recoge en su obra Plantas medicinales de Puerto Rico (1992) [20].

En Venezuela muchos se han dedicado al estudio de su flora útil. Citemos, pues, a Francisco Tamayo en su excelente prólogo a la tercera reimpression del Manual de las plantas usuales de Venezuela de Henri Pittier (1978):

El ilustre José María Vargas, primer botánico venezolano, formó su herbario particular; le siguió don Fermín Toro con el suyo propio; posiblemente el licenciado J.M. Benítez autor del primer estudio publicado de nuestra flora, Principios para la materia médica del país, pudo formar otra más; luego Adolfo Ernst funda su correspondiente herbario, publica flómulas regionales, dicta cátedra de Ciencias Naturales en la Universidad (...) y forma un grupo de discípulos que, como L. Alvarado, Alfredo Jahn y J.A. Rodríguez López, mantienen viva la llama del conocimiento de las plantas. Cuando Pittier se aboca, allá por 1913 a 1915, al estudio de la flora venezolana sólo eran conocidas científicamente 1.534 especies, cuya cantidad se eleva a 6.037, a partir de 1918, fecha en la cual, se establece Pittier definitivamente en el país, hasta 1926 cuando aparece el Manual de las plantas usuales de Venezuela... (p. XIV) [21].

Si se pidiera dar el nombre de la obra más importante, en cuanto al conocimiento de la flora útil venezolana, no se podría negar a reconocer en

fundamental al estudio etnobotánico de su país y de la región. De ese mismo país destaca el sacerdote católico Arias Alzate, con su obra: El libro de las plantas medicinales (1991) [19]. Irrumpió también el Manual de las plantas usuales de Venezuela de Henri Pittier el clásico por antonomasia, y cuya primera edición data de 1926. Es sin duda la obra de consulta obligada para quienes pretendan adentrarse en el conocimiento de nuestras especies de importancia económica. Además, sus aportes en las áreas de la etnobotánica y de la distribución biogeográfica de especies medicinales, son inestimables. No obstante, la obra de este insigne botánico fue continuada por Ludwig Schnee, quien en 1961 publicó, a través de la Revista de la Facultad de Agronomía, el voluminoso libro titulado: Plantas comunes de Venezuela [22], luego ampliado y corregido por Freddy Leal y Carmen Emilia Benítez bajo el título El manual de Plantas Comunes de Venezuela de Ludwig Schnee y que apareciera en las Ediciones de la Facultad de Agronomía de la Universidad Central de Venezuela en el 2010. [23]

De la UCV cabe mencionarse al Dr. Stephen Tillet, quien además de haber sido director del Herbario “Dr. Víctor Manuel Ovalles” y miembro de la Cátedra de Botánica de la Facultad de Farmacia, desarrolló una amplia trayectoria en los estudios etnobotánicos, destacando su Guía Introductoria de Etnobotánica (1995) [24]. En ese mismo contexto destacó el Dr. Américo Albornoz, quien se preocupó por divulgar la medicina herbaria. En este sentido, es capital su libro Medicina tradicional herbaria (1993) [25]. No puede pasar inadvertido el licenciado Francisco Delascio Chitty, quien llevó adelante una interesante labor para el conocimiento de nuestra flora medicinal, destacando su libro Algunas plantas usadas en la medicina empírica venezolana (1985) [26]. En la Universidad de Oriente resaltó el Dr. Keshava Bath por su importante producción bibliográfica y su divulgación científica en revistas y cursos de extensión. Es referente obligado su libro, ya clásico, Herbolario tropical (1994) [27].

En Mérida han destacado varios investigadores por dar a conocer la flora útil. Cabe citarse en primer término al botánico, profesor universitario y andinista Luis Ruiz Terán y su trabajo titulado Notas Etnobotánicas y Nombres Vulgares de

Plantas Medicinales (1987), publicado con Santiago López Palacios en la Revista de la Facultad de Farmacia de la ULA [28]. De López Palacios se hace fundamental citar dos libros que son referentes del área etnobotánica: Escritos Etnobotánicos (1985) [29] y Usos médicos de plantas comunes (1987) [30].

De la autoría de quien esto escribe debe mencionarse: Plantas usuales en la medicina popular venezolana (1997) [31], Breve diccionario de plantas medicinales (1999) [32], Breve diccionario del naturismo (2010) [33] y Herbolario tradicional venezolano (2003, 2005 y 2009) [34], con la coautoría (éste último) de Juan Carmona Arzola.

CONCLUSIONES

Todas las civilizaciones han echado mano de las plantas medicinales con fines terapéuticos, y en este largo recorrido histórico la dinámica planteada entre el ser humano y la naturaleza ha cambiado, para hacer de ella fuente inestimable en la conquista de la salud en una doble dimensión: la planta *per se*, pero también el fármaco de patente o industrializado.

Muchos han sido los investigadores y sus obras (ya clásicas) revisados en el recorrido, que dan fe del interés científico y también popular que las plantas medicinales despiertan en la humanidad. América Latina, y en particular Venezuela, no han escapado a este derrotero, lo que se traduce en labor investigativa y además en inquietud por parte de las comunidades, de poder acercarse a la medicina herbaria (y a la flora útil en general) para obtener de ella el máximo beneficio terapéutico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- [1] Helman J. Farmacotecnia teórica y práctica. Tomo I. Distrito Federal (México): CIA. Editorial Continental, S.A. de C.V., 1982.
- [2] Folch Jou G, Suñé J, Valverde J. Historia general de la farmacia. El medicamento a través del tiempo. Tomo I y II. Madrid (España): Ediciones Sol S.A.; 1986.
- [3] Grimberg C. El alba de la civilización. Tomo 1. Bogotá (Colombia): Círculo de Lectores, S.A.; 1984.
- [4] Chiej R. Guía de plantas medicinales. Barcelona (España): Editorial Grijalbo; 1992.
- [5] Leakey R. La formación de la humanidad. Barcelona (España): RBA Editores; 1993.
- [6] Gennaro AR. Remington Farmacia. Buenos Aires (Argentina): Editorial Médica Panamericana S.A.; 1987.
- [7] Volák J, Stodola J. Plantas medicinales. Praga (Checoslovaquia): Editorial Susaeta; 1990.
- [8] Castleman M. Hierbas curativas. México: Editorial Diana; 1994.
- [9] Salud Natural. Curación por las plantas. Caracas (Venezuela): Sociedad Comercial y Editorial Santiago Ltda.; 1992
- [10] Ody P. Las plantas medicinales. Guía práctica con remedios eficaces para los trastornos más comunes. Buenos Aires (Argentina): Javier Vergara Editor; 1993.
- [11] Zuluaga G. El nuevo libro de las plantas para el cuidado de la salud. Bogotá (Colombia): Intermedio Editores; 1996.
- [12] Font-Quer P. Plantas medicinales. El Dioscórides renovado. Barcelona (España): Editorial Labor, S.A.; 1988.
- [13] Balch J, Balch P. Medicina natural y salud. Guía de autoayuda completa y actualizada. Bogotá (Colombia): Editorial Printer Latinoamericana Ltda. para el Círculo de Lectores; 1994.
- [14] Estrada Lugo E. (Editor). Plantas medicinales de México. Introducción al estudio. México D.F. (México): Universidad Autónoma Chapingo. Unidad de Estudios Etnobotánicos. Programa Universitario de Plantas Medicinales. Departamento de Fitotecnia. Centro de Agroforestería para el Desarrollo Sostenible; 1992.
- [15] Huerta A. El Jardín de Cal. La botánica y las Ciencias de la Salud en Puebla. México D.F. (México): Gobierno del estado de Puebla. Secretaría de Cultura. Colección Catalejos; 1996.
- [16] Martínez M. Las plantas medicinales de

- México. México D.F. (México): Ediciones Botas; 1994.
- [17] González de Cosío M. Especies vegetales de importancia económica en México. México D.F. (México): Editorial Porrúa; 1984.
- [18] García Barriga H. Flora medicinal de Colombia. Tomos I, II y III. Bogotá (Colombia): Tercer Mundo Editores; 1992.
- [19] Arias A. El libro de las plantas medicinales. Bogotá (Colombia): Editorial Oveja Negra; 1991.
- [20] Núñez Meléndez E. Plantas medicinales de Puerto Rico. San Juan (Puerto Rico): Editorial de la Universidad de Puerto Rico; 1992.
- [21] Pittier H. Manual de las plantas usuales de Venezuela. Caracas (Venezuela): Fundación Eugenio Mendoza; 1978.
- [22] Schnee L. Plantas comunes de Venezuela. Maracay (Venezuela): Revista de la Facultad de Agronomía; 1961.
- [23] Schnee L, Leal F, Benítez C. El Manual de Plantas Comunes de Venezuela de Ludwig Schnee. Maracay (Venezuela): Ediciones de la Facultad de Agronomía Universidad Central de Venezuela; 2010.
- [24] Tillet S. Guía introductoria de Etnobotánica. Caracas (Venezuela): Servicios Gráficos de la Facultad de Farmacia de la UCV; 1995.
- [25] Albornoz A. Medicina tradicional herbaria. Caracas (Venezuela): Instituto Farmacoterápico Latino S.A.; 1993.
- [26] Chitty FD. Algunas plantas usadas en la medicina empírica venezolana. Caracas (Venezuela): Dirección de Investigaciones Biológicas, División de Investigación, Jardín Botánico. Imparques; 1985.
- [27] Bath K. Herbolario tropical. Caracas (Venezuela): Ediciones Vivir Mejor; 1985.
- [28] Ruiz Terán L, López S. Notas Etnobotánicas y Nombres Vulgares de Plantas Medicinales. Mérida (Venezuela): Revista de la Facultad de Farmacia de la ULA. Vol. 29:5; 1987.
- [29] López Palacios S. Escritos etnobotánicos. Mérida (Venezuela): Talleres Gráficos Universitarios de la ULA; 1985.
- [30] López Palacios S. Usos médicos de plantas comunes. Mérida (Venezuela): Talleres Gráficos Universitarios de la ULA; 1987.
- [31] Gil Otaiza R. Plantas usuales en la medicina popular venezolana. Mérida (Venezuela): Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico de la Universidad de Los Andes; 1997.
- [32] Gil Otaiza R. Breve diccionario de plantas medicinales. Caracas (Venezuela): Los Libros de El Nacional; 1999.
- [33] Gil Otaiza R. Breve diccionario del naturismo. Caracas (Venezuela): Los Libros de El Nacional; 2010.
- [34] Gil Otaiza R, Carmona J. Herbolario tradicional venezolano. Mérida (Venezuela); 2003, 2005 y 2009.
- Gil Otaiza Ricardo:** Académico y escritor. Farmacéutico, Magíster en Educación Superior Mención Docencia Universitaria, Magister en Gerencia Empresarial, Doctor en Educación Mención Andragogía y Doctor en Ciencias de la Educación, con Postdoctorado en Gerencia en las Organizaciones. Profesor Titular (J) de la Facultad de Farmacia y Bioanálisis de la Universidad de Los Andes. Exdecano (2002-2005). Expresidente de la Academia de Mérida (2016-2017 y 2018-2019). Autor de 36 libros en distintos géneros y decenas de artículos en revistas científicas. Biógrafo, crítico literario, ensayista, narrador, poeta, editor, conferencista y columnista del diario El Universal. Miembro Correspondiente Nacional de la Academia Venezolana de la Lengua e Individuo de Número Sillón 5 de la Academia de Mérida. Correo-e: rigilo99@gmail.com.
- ORCID:** <http://orcid.org/0000-0002-0638-4012>